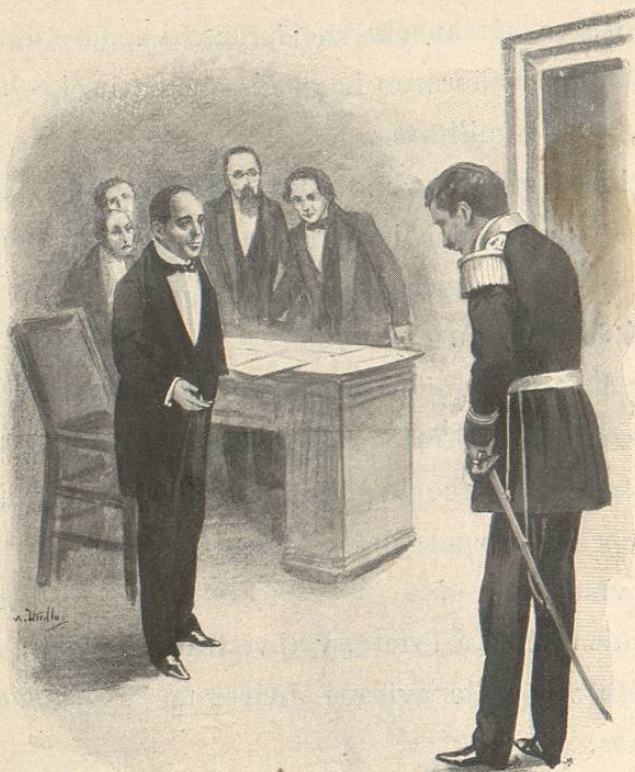


Don Benito estaba vestido con sus perpetuos frac, pantalón y chaleco negros; los ojos los tenía pequeños y algo papujados; pero á pesar de todo expresaban á un



mismo tiempo seguridad, indulgencia y tesón de carácter. El color era cobrizo, pero limpio; el cabello lacio, pero dócil; las manos trigueñas, pero chicas y bien formadas.

Estaba arrellanado en una poltrona, hojeando un

expediente de cubierta amarilla con las armas nacionales grabadas, y con exquisita cortesía se levantó del asiento al verme. Prieto, Cendejas, Ocampo y Guzmán, estaban alrededor de la mesa.

Saludé al concurso, y Juárez, dirigiéndoseme, me dijo con voz algo velada, pero firme:

— El señor ministro Prieto me asegura tiene usted detalles que suministrar al Gobierno acerca de la acción librada en Salamanca. Sírvase decirnos lo que sepa, que aunque el parte del señor General Parrodi está bastante explícito, quizás se le haya escapado algún detalle.

Tomé la palabra, y con lenguaje sencillo referí las peripecias de la acción, haciendo hincapié en circunstancias que á mi parecer habían influído para el resultado final. Juárez me oía imperturbable, sereno, como si estuviera yo relatando las campañas de Napoleón ó las de Morelos. Apenas cuando esboqué que, en mi concepto, había habido traición, me miró á la cara frunciendo las cejas ligeramente, é hizo un signo de asentimiento.

Cuando concluí, el Presidente se volvió á Prieto, y con ademán no de broma, sino de seriedad, le dijo:

— Guillermo, le han quitado una pluma á nuestro gallo; y volviéndose á mí:

— Muy bien, señor capitán; he quedado satisfecho de las explicaciones de usted, que me han proporcionado plena luz acerca de muchas cosas que ignoraba.

Cogí mi quepis, pero antes de despedirme hablé al señor Juárez:

— Si me lo permite usted, señor Presidente, referiré algo que vimos anoche yo y los ingenieros Valle, Pacheco y Poucel, pues creo tiene interés; al menos así lo hemos creído mis amigos y yo.

— Entonces, replicó Juárez cuando hube concluído, la cosa tiene visos de fundamento; vaya usted, Núñez, á averiguar lo que este oficial acaba de contarnos.

El General Núñez, que había entrado hacía un rato corto, era alto, guapo, moreno, de buenos ojos, de barba corrida y de cabeza inclinada hacia el lado izquierdo. Se disponía á salir del aposento, cuando por una puerta excusada penetró el gobernador Camarena para confirmar lo mismo que yo acababa de exponer.

— Vaya usted, vaya usted, dijo Juárez; y se volvió á Ocampo para tratar no sé qué negocio.

Pedí permiso para retirarme, é iba á salir del Palacio cuando me detuvieron en la escalera Mejía, Gochicoa y Banda, que me pedían noticias de la acción recién librada.

Apenas empezaba, cuando oímos un gran estrépito, voces, carreras, gritos, disparos, escándalo inmenso. Algo me dijo que lo que temíamos se había realizado, cuando el piquete que estaba á las puertas de la habitación presidencial lanzó el fatídico «¡Viva la religión!». Los tiros

se repetían, no contra nadie que resistiera, sino al aire, sin objeto, por el solo placer de disparar.

Tratamos de bajar, pero ya era tarde; un pelotón de soldados subía la escalera, lanzando alaridos, mueras á los puros y vivas á la religión. A un pobre anciano, quizás escribiente ó empleado de clase inferior, que subía paso á paso con un rollo de papeles bajo el brazo, le tundieron á golpes, le echaron al suelo, y lleno de sangre, de polvo y de saliva, le dejaron para acometer á bayonetazos á dos caballeros de sombrero de copa que charlaban en el descanso de la escalera.

— ¡Adentro esos bandidos! gritó un cura de rostro blanco y de buena estatura, en quien reconocí al padre López de Nava, famoso en mis tiempos de seminario. ¡Adentro esos *puros* indecentes! y el grupo de soldados nos encaminó hacia el salón del Tribunal de Justicia, befándonos, injuriándonos y golpeándonos.

Una visión tremenda nos cerró el paso, impidiéndonos ver á Juárez y sus ministros, que eran conducidos por el corredor del otro extremo: los presidiarios de la cárcel, situada en el Palacio, bajaban de las azoteas en racimos, á montones, descolgándose de cuerdas, pendientes de las gárgolas de las canales, cogidos de los pilares de piedra, desgredados, ostentando guñapos multicolores, desvergonzadas roturas, fragmentos de calzado, escapularios café y rojos, que se campaneaban en los pechos velludos,

y blandiendo, á guisa de arma de combate, los grillos que alguien acababa de limar de sus manos y pies de gañanes toscos...

Cuando entramos al salón, ya estaba casi lleno; imposible recordar á todos los prisioneros. Había oficinistas de todos los ministerios, militares, abogados y sujetos particulares.

A poco vimos entrar á Prieto ensangrentado, con el traje roto, conducido entre una multitud de ebrios y de furiosos.

Después entró el general Núñez, nítido, elegante, pulquérriimo; ni un rizo de la barba nazarena se le había descompuesto, ni un músculo de la fisonomía había perdido su aspecto normal.

Se dirigió al señor Juárez, dándole cuenta del resultado de su comisión, como si tuviera que referir una evolución que habían realizado sus tropas en una revista de mentirijillas. Se había encontrado al quinto en plena rebelión, había tratado de castigar á Landa, y entonces un soldado le había disparado su fusil á quema ropa, achatóndole las tapas del reloj, pero sin causarle más daño que una contusión...

Nos asomábamos á las puertas, y el escándalo no cesaba; el sol brillaba en todo su esplendor, y sólo lo opacaban una nube de polvo y el brillar de muchas armas meneadas por cien manos.

De repente sentimos que la confusión aumentaba; nuevos gritos, nuevos aspavientos, nuevo alboroto.

— ¡Traición, traición! gritaban muchos.

— Vienen á fusilarlos, dijo como á la sordina, poniéndose las manos en las mejillas, uno de cara pecosa, de barbas rubias y ojos azules que apareció en la puerta.

No tardó la estancia en ser invadida por la soldadesca. Eran como veinte ganapanes uniformados, lo más *tocho* y lo más desgraciado de nuestras clases rurales; toda la miseria y toda la sujeción estaban pintados en aquellas fisonomías de reclutas vencidos y tristes.

Juárez, impávido, estaba cogido del pestillo de la puerta; junto á él Ocampo; detrás Prieto, Ruiz y Guzmán.

En aquel momento recordé, no sé por qué misteriosa asociación de ideas, las labores de madera amarilla que tenía incrustadas la mesa del Presidente, una *garra* de zarape rojo y verde que traía uno de los presos de la cárcel, la celda fresca y recién blanqueada de mi maestro Luna, un bastión del castillo de Acapulco, y el dibujo de un traje que había tenido cuando empecé á estudiar.

Luego me vinieron á la memoria multitud de axiomas de forma lapidaria, de sentencias de filósofos estoicos, de académicos alejandrinos, de ascetas cristianos, de moralistas escépticos acerca de la muerte; cerré los ojos y apreté los dientes. Cuando oí los movimientos de la *carretilla de once voces* y las de ¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Prepa-

ren! ¡Apunten!, una inmensa amargura me invadió la boca. Todo esto lo he referido en muchas líneas; pero el sentirlo y el pensarlo fué obra de instantes, quizás de espacio inapreciable.

Cuando esperaba oír que se mandara ¡Fuego!, después del ruido de los muelles de los fusiles, una voz estentórea, tonante, como salida de un instrumento que vibrara y no de un pecho humano, gritó con todas sus fuerzas: «¡Levanten esas armas! ¡Levanten esas armas! Los valientes no asesinan, los valientes no matan á mansalva... El quinto batallón ha defendido siempre á la patria, ha atacado á los enemigos de México, no se ha cebado en hombres indefensos, en hombres que esperan la muerte cruzados de brazos... ¡Levanten esas armas!...» Y siguió hablando, hablando hasta transformarse, hasta perderse de vista. Ya no era el alegre compañero, el poeta festivo, el cantor de los regocijos populares; era un ser desconocido, un hombre extraordinario, que á todos nos electrificaba, á todos nos hacía derramar lágrimas como si ventilara una causa ajena y no nuestra propia causa, la causa de nuestra vida. Los soldados primero quedaron atónitos, con las armas preparadas y listos los gatillos, después se conmovieron hasta el enternecimiento... Prieto seguía hablando; ya no era el orador que increpaba; era el huracán que bramaba, el león que rugía, el profeta que amenazaba con castigos y daños...



¡Levanten esas armas! ¡Levanten esas armas! Los valientes no asesinan...

Al fin los ejecutores alzaron las armas, Guillermo vitoreó á Jalisco y un grupo tierno, pero heterogéneo, se formó entonces: los soldados que nos abrazaban, jurando que no nos matarían; Bravo, el jefe de la escolta, que se adhería á nosotros y tomaba nuestro partido; y todos, principalmente Juárez y Ocampo, que felicitábamos á Prieto llamándole el salvador de la Reforma, el salvador de vidas preciosísimas...

Luego supimos que la causa de aquella intempestiva acometida había sido el ataque de Cruz Aedo, que ignoraba el armisticio concertado; supimos que Camarena, Contreras, Díaz, Alvarez y sus guardias nacionales nos habían salvado la vida poniéndose frente á Landa; y en fin, que se estaba en tratos con los pronunciados para salir de la ciudad y evitar las consecuencias de aquella situación.

